

Opiniones

MOROSIDAD, DÉFICIT Y SERVICIOS PÚBLICOS



Tribuna Libre

Antonio Jiménez Sánchez

► Secretario general de UGT Región de Murcia

Cuando hace unos días la consejera de Economía y Hacienda anunciaba que la Comunidad retomaría el pago de deudas pendientes (tras lo que, eufemísticamente, ella misma había calificado de 'cierre de caja puntual'), los empleados encargados de atender a los acreedores vieron sobrepasadas sus posibilidades ante tamaña avalancha de reclamantes. Son muchos miles los autónomos y pequeñas y medianas empresas que se encuentran asfixiados económicamente por la alta morosidad de la Administración regional; en no pocos casos, el retraso en los pagos se prolonga incluso más allá de los seiscientos días (que no es moco de pavo).

Las palabras de la consejera, lejos de materializar la solución al problema de estos acreedores, sólo han generado falsas expectativas y una enorme presión sobre los empleados públicos encargados de atenderlos, que difícilmente consiguen calmar el natural nerviosismo y desesperación de quienes ven cómo se esfuman, una vez más, sus posibilidades de hacer efectivo el cobro de las deudas que les están ahogando.

El enorme descabro de las cuentas públicas regionales, sobre las que pesa una desviación oficial entre ingresos y gastos de 1.215 millones de euros, está desplegando todos sus negativos efectos sobre la sociedad murciana, y multiplicando sobremanera las dificultades para remontar la crítica situación en la que nos encontramos. A pesar de que las Comunidades autónomas asumieron el compromiso de situar el techo de déficit en un 2,4% de su PIB al cierre de 2010, el déficit público de la Región de Murcia llegaba al 4,95%, convirtiéndola en la segunda Comunidad autónoma con mayor déficit relativo, y en una de las pocas que incumple en este momento los objetivos fijados.

Con este punto de partida, difícilmente puede aventurarse que la Región de Murcia vaya a lograr situar su déficit por debajo del 1,3% a que se comprometió para finales de 2011 en el Consejo de Política Fiscal y Financiera, con la conformidad de nuestra consejera. Ni siquiera con los injustos recortes que se han introducido en el empleo público y en los servicios públicos regionales, que, lejos de destinarse al mantenimiento de la protección social y la inversión productiva, sólo han servido para seguir alimentando un gasto corriente desbordado que, como todos sabemos, seguirá cobrándose víctimas entre las decenas de miles de puestos de trabajo que directa e indirectamente conectan con las cuentas públicas regionales.

Recientemente, el señor Valcárcel, en el

Una vez tras otra el Gobierno traspasa la factura de una mala gestión económica a los ciudadanos de a pie, recortando derechos a los trabajadores y avanzando hacia la privatización y desmantelamiento de la sanidad, la educación o la dependencia

contexto de una conferencia-coloquio organizada por el diario *Abc*, ante la presencia de Mariano Rajoy, apuntó, respecto a los servicios básicos que constituyen la educación, la sanidad o la dependencia, que «es muy necesario plantear que los ciudadanos tengan también que asumir el coste de estos servicios, en el porcentaje que sea». No es necesario un análisis freudiano de las palabras del presidente para llegar a la conclusión de que aludían a lo que todos conocemos como 'copago', por más que se hayan apresurado a desdecirlo miembros de su partido, y hasta él mismo, seguramente después de haber sido llamado al orden ante la inoportunidad de sus reflexiones, precisamente en periodo electoral. Y, curiosamente, determinados sindicatos independientes no han dicho ni pío respecto a esta ocurrencia de hacer pagar dos veces por los servicios públicos a los ciudadanos económicamente menos favorecidos (que son los que real y mayoritariamente hacen uso de ellos). Sin embargo, les faltó tiempo para pronunciarse en contra de la propuesta que hicimos los sindicatos de clase sobre una posible y asumible elevación de la imposición a las rentas más altas (que se acompañaba también de una eliminación de gastos ineficaces e innecesarios), a fin de evitar el Tíjeterazo a 55.000 familias de la Región de Murcia. Parece ser que a estas organizaciones, en realidad, no les molestan los impuestos, siempre que los paguen los que menos tienen y no al revés.

Estas posiciones, ya sean conscientes o venidas del subconsciente, no son más que la confirmación del serio peligro que atraviesan en este momento los servicios públicos de la Región, tanto por el catastrófico estado de las cuentas públicas como por los planteamientos interesados e insolidarios de quienes en este momento los dirigen. Resulta inaceptable observar cómo, una vez tras otra, el Gobierno traspasa la factura de una mala gestión económica a los ciudadanos de a pie, recortando derechos a los trabajadores y avanzando, cada vez con más descaro, hacia la privatización, hacia el desmantelamiento de servicios públicos tan esenciales como la sanidad, la educación o la dependencia. Servicios que ya sufrágamos todos a través de nuestros impuestos y que constituyen un derecho consustancial de ese Estado del bienestar, solidario, que no podemos permitir que retroceda.

El tiempo apremia. Las vías de solución existen, las alternativas están ahí: que se lo pregunten a esos países europeos con políticas públicas que hace ya algún tiempo les hacen crecer; o a determinadas regiones del Norte de España. Pero para ello es necesario poner rumbo hacia otra forma de gobernanza económica que, de una vez por todas, reequilibre ingresos y gastos de forma sostenible y justa para todos.



José Antonio Martínez-Abarca

Señales de humo

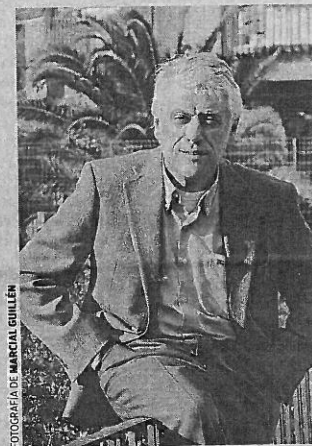
ANTIPATÍA POR JUAN GUILLAMÓN

Juan Guillamón —nuevo hombre de Valcárcel para ir en las listas de la Asamblea Regional— y quien suprafirma manteníamos hace diez, quince, veinte años un recelo que fue derivando en lejana antipatía, sin llegar jamás al odio africano. Cuando lo conocí era un joven profesional exitoso, echado para delante y con lo que me pareció que era un apunte de media melenita que lo hacía un hombre de guapura detectable, de una gran plusvalía. Yo por entonces llevaba una pinta de joven anómalo (lo que sólo años más tarde se conocería por 'gafapastismo') y sufría de papada, con lo cual, desde mi oscuro agujero postadolescente clavado al de esos vírgenes eternos de las comedietas norteamericanas, sufría de resentimiento social hacia los guapos. Me parecían siempre sospechosos de algo. Para eso me había trado mi temprana vida rumiando mi carencia de 'chic' y

mi falta de éxito con las tías: para poder achacar todos los males del mundo a tipos como Guillamón, a quien no le hacía falta nada más para brillar en los grandes salones.

El llegaba al periódico donde ambos publicábamos provisto de todo lo que no tenía yo. Mundología, presencia, charme, diplomacia o falta de ella (siempre eligiendo bien el momento, al fin y al cabo lo elegante es saber cómo no serlo siempre). El sólo veía en mí a un meritorio translúcido. En mi mente, envenenada por el hambre de visibilidad social que yo había pasado hasta entonces, anoté por aquella época una ironía suya sobre mi trabajo, que creí escuchar a los postes de una comida colectiva del periódico. Guardé con cuidado y en lo más hondo aquella crítica de Guillamón como se guarda el cabello de un familiar muerto.

Se lo hice saber unos años más tarde, estando ambos en otro periódico, durante una cena con la lastimosa columnista de *El País* Maruja Torres. El no tenía constancia de haber



FOTOGRAFÍA DE MARCEL GUILLAM

Nadie que supiera de los dolores físicos y morales que este superviviente sufrió con discreción, casi diría con condescendencia, puede tener sobre él más que una opinión colosal, que diría Mariano Rajoy

ironizado en público sobre mis columnas. «O no recuerdas bien o estás mintiendo», dijo. En realidad me estaba ofreciendo, y no me di cuenta entonces, su mano tendida. Las ofensas que el emisor da por jamás pronunciadas son, en realidad, una oferta de respeto venidero. Los antiguos griegos no daban ninguna importancia a las ironías recibidas, a los insultos, ni siquiera a las humillantes agresiones físicas, porque carecían de sentido del honor caballeresco. Creían que el humillado era el que los propinaba. Pero es difícil hacer de antiguo griego si arrastras los complejos del frágil. Insistí ante Guillamón en mi excelente memoria, a lo mejor porque esa noche la columnista de *El País*, con sus chorradas ideológicas, me había puesto broncas. Se inauguró ahí un lustro en el cual nos tratábamos de soslayo. Sin llegar, claro, al intercambio de delicadezas que protagonizó el nuevo fichaje de Valcárcel junto a un muy mediático político del PP en Madrid, ante un consejero autonómico, que fue testigo presencial de la ensalada de insultos públicos. Como acertadamente ha dicho la prensa, Guillamón nos augura tardes de gloria en la Asamblea Regional.

Todo se volvió del revés cierta tarde de junio de 2003. Accidente ferroviario de Chinchilla. Me enteré por 'sms' viniendo de batallar en campo de plumas con alguna fea, como solía yo en aquel tiempo. En aquel infierno perdí algo más que amigos entrañables: se fueron todos mis juicios ligeros sobre un héroe instantáneo como Juan Guillamón, que viajaba en aquellos vagones. Admiré sin reservas a este tipo. Nadie que supiera de los dolores físicos y morales que este superviviente sufrió a partir de entonces con discreción, casi diría con condescendencia, puede tener sobre él más que una opinión colosal, que diría Mariano Rajoy. Nadie lleva con tanto humor y maneras cool unas ortopédicas manos de goma. Si alguien me lo hubiese dicho hace diez, quince, veinte años no lo habría creído. Como muta la realidad al pasar a través del tiempo. Con decir que ahora es Juan Guillamón quien asegura que he acabado siendo guapo...